



—Pero, señor mío y amigo, vivimos acaso bajo el cetro del gran Turco, que ni desahogarse puede uno en el hogar doméstico?

—Aquel no es hogar.

—Bien, hombre, balcón doméstico; en esto doy la parte por el todo por la figura sinécdoque. Esta figura retórica sirve...

—Para nada, interrumpió el oficial.

—Permitame V., mi Mayor, repuso el estudiante, sirve para...

—Es en vano hablar aquí; la cuestión ha de llevarse á otra parte sin demora.

—Pues amigo, en este punto de moral, lo venceré en todas partes. Elija V. aula.

—Espada.

—Aula, aula.

—Hierro, hierro.

—Entendámonos, mi teniente coronel, que hay aquí trasposición de términos.

—Bien, pues pistola.

—Pero señor Carabina...

—Me es igual, acepto.

—No nos entendemos.

—V. es el que no entiende. Y la cuestión es clara como la luz. Tiene algo que entender pegarnos una escotada ó un tiro?

—Pero señor, replicó Bruno en aprieto, extraño mucho que un coronel del criterio de V. S. no alcance la gran immoralidad del duelo. Es un crimen.

—No hay tales carneros, dijo el oficial echando por el medio.

—Sí los hay.

—El honor está sobre todo.

—Leyó V. la antropología de Goliath el Grande?

—No, señor, ni me hace falta.

—Y el Reino animal del Gran Idem?

—Tampoco.

—Y el Hecho y el Derecho de Procusto?

—La ordenanza, que es de hierro, es lo único que yo he leído, dijo el oficial cortando por lo sano.

—Perdone V., repuso el bachiller, ese no es libro.

—Es...

—V. perdone, que sé yo muy bien lo que es. Y como iba diciendo, yo he leído cuantos éticos y moralistas sobre este punto han escrito, y todos están conformes, desde el Grande Prometeo hasta el mismo Non-plus-ultra. en condenar el duelo por inhumano y...

—Bien, bien; esos señores dirán lo que les dé la gana; yo digo lo que reza la ordenanza.

—¡Cuidado! la ordenanza no reza.

—Ordena y manda.

—Eso sí. Pero ¿crece V., señor mío, que con un tiro ab irato, se fusila así el derecho de gentes? ¡Qué gentilidad! ¿No sabe V.?

—No no sé nada ni quiero saber más que mi profesión.

—Pues yo le haré á V. la historia.

—Nó, nó; no me haga V. nada.

—La historia del duelo.

—Nada.

—Pues los bárbaros del Norte...

—Nada, nada.

—Oiga V. esta barbaridad.

—No quiero oirla.

—Pues no hablo tan mal, mi teniente coronel, que en punto de elocuencia...

—La elocuencia será una ciencia.

—Arte, arte es.

—Bien; será un arte muy bello...

—Permitame V., interrumpió el escolar; cuando son bellos los artes, no son bellos, sino bellas.

—A mí no venga V. con repulgas.

—Son géneros.

—Ni con géneros.

—Pues ¿con qué he de ir?

—Con armas.

—¡Cedant arma togæ!

—Yo no sé latin.

—Perdone V., que es griego.

—Ni griego.

—Entonces, ¿qué sabe V.?

—La ordenanza. Y concluyamos.

—Concluyamos, pues. Beso á V. las manos.

Y el estudiante le volvió la espalda para irse.

—¡Alto aquí! dijo el oficial cogiéndolo otra vez del cuello.

—¿Qué forma de argumentación es esa?

—A batirnos; no hay escape.

—Sí que lo hay; proponga V. en forma y yo seré el contrincante.

—¡A mas!

—Niengo el consiguiente, porque la mayor es falsa.

—¡Falsa!

—Falsísima.

—¿Es decir que miento yo? dijo el oficial llevando la crispada diestra al pomo de su espada.

—No es eso, hombre, nó; yo hablo en términos dialécticos. Y si no, repita V. textualmente mis pretéritas palabras, y verá cómo, atendiendo á circunstancias de modo, tiempo, lugar y persona, no encuentra punto ni coma que ofenda su extraordinario y delicadísimo fuero.

—V. ha dicho, entre otras mil injurias, que... ¡Mil cañonazos!

—No hice yo tanto ruido.

—¡Voto á Chápiro! ¿Y lo que dijo V.?

—Pero sepamos, ¿qué dije?

—Lo de la bota de añejo. ¡Vive Dios!

Y el oficial llevó otra vez la mano al pomo.

—¡Ah! exclamó el tunante recordando lo que no había olvidado. ¿Y es esa la grave injuria?

—Ese, ese es el mayor ultraje.

—Ese no es un ultraje.

—¡Cómolo!

—Es simplemente un pleonaso.

—¿Un pleonaso?

—Hombre, gramática al ménos, tenga V. la bondad de saber. En punto á pleonasmos, hay útiles y superfluos: los unos son...

—Nada, nada.

—Los otros...

—Basta ya.

—¿Ve V. cómo al fin lo he convencido?

—Lo que veo es que es V. un asno, con toda su retórica y manteos.

—Bien pudiera ser. Todo bípedo, como V. sabe muy bien, no es hombre: *atqui... ergo...*

—De sus latines traduzco que es miedo lo que V. tiene, y no más.

—Traduce V. al aire libre.

—Miedo, sí; es V. un cobarde.

—¡Señor Carabina!

—¡Señor tunante!

—¿Mantiene V. lo dicho?

—Con esta.

Y el oficial empuñó briosamente su espada.

—Pues yo con este.

Y el tunante llevó su diestra con el mismo brio á la faltriquera, donde solo tenía el libro.

—Así me gusta.

—Piense V. bien, señor Carabina, piense V. bien el empeño.

—Pensado está.

—¡Cuenta que soy duchísimo en el manejo de mis armas!

—Mejor.

—¡Que si lo mato, como lo mataré infaliblemente, no me venga V. luego gimiendo y llorando.

—¡Vive Dios!

—Viva, pero morirá V.

—Lo veremos, ¡mil rayos! Elija V. armas.

—Las que ceñimos, contestó sin risa ni aun sonrisa el maleante sopista.

—¿Hora?

—La del alba sería... la mejor.

—A mi gusto.

—En todo he de dársele yo, hasta en matarlo, ya que tiene V. un gusto tan estragado.

—Bien, bien. ¿Su gracia de V.?

—¿Mi gracia? Don Cesar Febeo y Ritmo. No dira V. que es desgraciado mi nombre.

Ahora sí hubo de sonreír Bruno á favor de la penumbra.

—Pues hasta mañana, dijo el oficial tendiéndole una mano con amistosa hostilidad.

—Poco á poco, dijo Bruno, falta algo.

—¿Qué?

—Extraño mucho, señor alférez, que un teniente coronel de su fuero ó desafuero olvide, así como quiera, la barbaridad más solemne del juicio no de Dios, sino del diablo.

—No caigo.

—Ya le haré yo caer, pero no quiero que caiga sin testigos.

—¡Ah! perdone V.

—No hay de qué, ni extraño el olvido; el temorillo de...

—Yo no lo conozco. ¡Vive Dios! Y acabemos pronto. La gracia de su padrino.

—Don Bruno Grande y Zorrilla, contestó él mismo añadiendo las señas de su casa.

El oficial le dió otro nombre, y estrechándose las manos con la amistad susodicha, partieron cada qual que por su lado.

(Se continuará.)

## LA VIDA DE LOS ANIMALES.

Sus instintos, sus costumbres, sus vicios, sus buenas acciones, su martirio, sus principios políticos, sus picardías, etc. etc.

### II.

#### LOS RATONES.

—Hijos míos, ratones queridos, yo soy una rata vieja, que ya estoy para pocas fiestas; el mejor día me ahogo en un bañal, ó me coge un gato, y ya no podré sostener combate con él, como en mis buenos tiempos. En los quijales de un gato ví morir á vuestro padre, y en su defensa recibí tanto mordisco y arañazo, que desde entonces no he vuelto á levantar cabeza. Antes de morir, quiero, ratones míos, daros algunos consejos sobre la manera como os habeis de conducir en sociedad.

La sociedad no se cuida de los ratones mas que para destruirlos. Es verdad, que si se nos dejara con vida, de tal manera crecemos y nos multiplicamos, que ya habríamos destruido nosotros á la sociedad.

El ratón tiene que vivir escondido; el raton que gusta de salir á tomar el fresco y á lucirse, cae en manos del gato sin remedio. Lo mismo sucede á los hombres que quieren salirse de su esfera; el lujo, la usura, la vanidad, la envidia y un sinnúmero de vicios, les acechan y dan cuenta de ellos.

Así, pues, hijos míos, mucha prudencia y mucho ojo, si queréis vivir en el mundo.

—Diga V., mamá, todo eso muy está bien, pero en este agujero no vemos cosa de comida, y estamos royendo la cal y el yeso, que no son manjares muy sustanciosos que digamos.

—Para eso es el talento.

—¿Para comer yeso?...

—Nó; cuando la noche tiende su velo, como decia un libro de versos que me comí yo debajo de la cama de un

poeta que vive en la guardilla de esta casa, donde nací, salís á ver si el gato duerme ó vela; si el gato duerme, recorreis la casa, la cocina y el comedor sobre todo, y allí una migaja de pan, aquí una cortecilla de queso, más allá un hueso, más acá un garbanzo, siempre encuentra un raton con qué mantenerse decentemente, á no ser que el raton esté por sus pecados en casa de algun maestro de escuela ó cesante. en cuyo caso y en cuya casa no encontrará cosa que de comer sea, y se expondrá seguramente á la furia de algun gatazo hambriento. si no es que se lo come el mismísimo dueño de la casa. Las casas de huéspedes son grandes casas para los ratones; en estas casas hay siempre criadas descuidadas, hay gran reposito de mendrugos de pan en los armarios, que se guarda para hacer con él sopa que los huéspedes de 8 rs. con principio hallan sabrosa sobre todo encarecimiento.

Así, pues, hijos míos, si yo muero, seguid abriendo este agujero, que este tabique pertenece por el opuesto lado á una casa de huéspedes acreditada, donde hay diez ó doce estudiantes, y la dueña tiene en aceite algunos quesos del pueblo. —Y es casa poco frecuentada de ratones hasta ahora, porque un sobrino mío que el otro día pudo pasar por otro agujero, que yanos han tapado, lo hizo con tan pocas precauciones, que descubierto y preso en la frontera, fué precipitado desde la ventana al patio, y en lugar de caer en el patio, cayó en el pozo. Debeis entrar de noche, y despues de abrir este agujero, abrir otro y otros, porque así la entrada en el territorio hospitalario es más fácil, y más fácil tambien la retirada si os persigue el enemigo.

El raton, como el hombre, debe abrirse más de un camino y más de una puerta, porque ni todos los caminos ni todas las puertas se le pueden cerrar al mismo tiempo.

Vosotros dos, los más jovencitos, procurad meteros en el armario donde la dueña de la casa guarda el tocino añejo, la longaniza de los días de fiesta, el queso, el lomo en adobo, curado de espanto, y los mendrugos. Así no os expondreis á las contingencias de la vida nómade y aventurera de vuestros hermanos mayores en edad, saber y gobierno, que pueden soportar mejor las fatigas de esa vida.

Allí, ocupaos en abrir agujeros por todas partes, por donde no se vean fácilmente, para que vuestros hermanos os puedan ir á ver y á tomar un bocado, cuando pasen por las cercanías de vuestra residencia.

No os lleve la curiosidad á escalar las vasijas que halléis á vuestro paso, que su fondo puede ser un tenebroso abismo donde perdais la vida. ¡Cuántos ratones benemeritos han muerto así, por subir al borde de un cántaro lleno de aceite, ó por meterse en un cubo de donde no han podido salir, ó por querer profundizar los misterios de la cuba que habia dejado en el suelo el aguador, mientras echaba un rato de conversacion ó retozo con alguna asturiana lividinosa!

Huid de las ratoneras, no os pierda el vicio de la golosina. Hay entre los hombres algunos tan crueles, que con infernal astucia ponen en el suelo un instrumento de muerte, disfrazándolo con el atractivo de un pedazo de queso manchego, que huele á cien leguas... El raton imprudente y temerario, que solo escucha la voz de su apetito desenfrenado, va á comer el queso, y se encuentra cogido, encerrado, y sufre el martirio de que su verdugo vaya luego á insultarle y á darle mala muerte, ora quemándole desapiadadamente, ó entregándole á un gato feroz.

Tambien el hombre que nos pone la ratonera en nuestro camino suele hallarlas en el suyo, y suele caer en ellas tan incauto y desprevenido como un raton.

Vuestra mision en el mundo es roer; con que hagais eso, podeis morir diciendo: —Hemos cumplido nuestro deber.

Los ratones y otros animales, estamos en el mundo para hacer al hombre precavido y prudente.

El hombre que descuida su casa y deja que se abran grietas y agujeros por todas partes, y no limpia, y no trabaja, en fin, ve al fin su casa llena de ratones, que le roen todo lo que tiene.

Así le sucede al que descuida su hacienda, al que vive en la indolencia y en el vicio; los vicios, el juego, las mujeres, las falsas amistades, las trampas hacen con él el oficio de ratones.

Una cosa os encargo: que no seais nunca ratones de las Bibliotecas públicas ó privadas. Una vez estuve yo en una librería de cierto señor, gran erudito, y le comí un códice de gran mérito. Habiais de oír los lamentos de aquel buen señor. Mejor hubiera querido que le comieran los ratones su fortuna, que una hoja sola de los libros de su librería. Además de que royendo libros cometemos una mala accion, esta mala accion no nos aprovecha. La tinta de imprenta es un veneno lento para los ratones, y yo os aseguro, que todos los ratones que viven en las Bibliotecas y en las librerías viven flacos, tristes y cariacañecidos.

Tampoco os ocurra jamás entrar en conventos de monjas, porque hay muchos gatos en clausura, y las monjas, dulces, generosas y caritativas como son, no tienen caridad ninguna con los ratones.

Nuestra mision en el mundo es muy importante, aunque no lo parece.

Y en prueba de ello, ahí teneis á los hombres, que olvidan la suya para imitarnos con gran exceso, porque nosotros roemos lo que encontramos, pero los hombres pasan la vida en roerse unos á otros.

## LAS CAMPANAS DEL CONVENTO.

### I.

Era la niña muy bella,  
era el militar apuesto;  
morena, de negros ojos,

él, de semblante moreno. Cruzáronse sus miradas y en una se confundieron, cuando tocaban a misa las campanas del convento.

II.

La niña se ha vuelto pálida, vagan sus ojos inciertos; su corazón la parece que quiere rasgar el pecho. Ya no la rondan la calle ni la siguen en paseo, y tiembla cuando repican las campanas del convento.

III.

¡Qué hermosa está la novicia! dice mirándola el pueblo: el obispo la bendice, suspiran mozos y viejos; ya del velo la despojan, ya la cortan el cabello, y con su clamor lo anuncian las campanas del convento.

IV.

Un militar se detiene junto al pórtico del templo, dobla la frente, y suspira abrumado de recuerdos. Se oye un cántico en el coro, resuena el órgano dentro, y tocan, tocan a fiesta las campanas del convento.

J. F. BREMON.

CASCABELES.

En una causa que sirve La Correspondencia á sus suscritores, en tomas de cinco columnas de lectura, que eriza los cabellos, leemos, entre otras frases de cierto gusto, la siguiente, muy repetida:

•Ese señor levanta una cruzada de hermanos y parientes, con el caritativo objeto de pasarse por debajo de la pata á los Monederos. •Todos los parientes de la viuda y su yerno ayudaban al señor cura á pasarse por debajo de la pata á los Monederos. •Esos papeles, escritos por el señor cura, ¿acaso no son medios que conducen á pasarse por debajo de la pata á los Monederos?...

Francamente, no nos parece muy bien la frase, pero nos parece horrible aplicada á un señor cura. Estoy seguro que á nadie se le ocurriría que pudiera tener pata una persona, mucho ménos un sacerdote.

No conocíamos otra pata en personas que la célebre pata de Saribaldí, y eso porque los neos la quisieron llamar así cuando se la curó Nelaton.

Se va á hacer una nueva edición del Manual de los Diputados.

Aviso á aquellos señores que de órden ministerial, necesitan un manual como los agrimensores.

La compañía de Variedades ha puesto en escena el drama de Calderon A secreto agravio secreta venganza, distinguiéndose mucho en la ejecución el señor Mata, que es un actor de verdadero mérito.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPÍTULO XII.

ACLARACIONES.

(Continuación.)

La jóven dejó caer la cabeza sobre el pecho, y guardó silencio. ¡Lloraba! ¡La coqueta había hallado lágrimas en su corazón de hielo!

—¡Ah! murmuró por fin en voz baja, ¡hace tres meses, al ver que era rica, noble, jóven y hermosa, pensé que no había á mi alrededor nadie bastante digno de merecer mi mano! ¡En tres meses he vivido tres siglos! ¡Sé lo que ignoraba! Para una brillante coqueta sobran amantes, pero faltan hombres sensatos que quieran hacerse responsables de sus locuras. En torno de la mujer de conducta equívoca, se arremolinan los adoradores casquivanos; pero cuanto más se agranda el círculo de éstos, más se retiran los hombres de bien, que anhelan conducir á la elegida de su alma ante los altares de himeneo... ¡Ay de mí! ¡Ay de mí, desdichada! ¡Piensa V. que antes de recurrir á solicitar de nue-

La venta de carne de caballo progresa en Francia. En París esta clase de carnicerías son muy abundantes.

En Lyon ha tomado tales proporciones, que se pide la apertura de muchos despachos de la misma.

Estoy seguro que espanta tal carne á los madrileños. ¡Y habrán comido ya tanta en chorizos extremeños!

En el Diario de avisos se sacan á la venta en pública subasta varios caballos, yeguas, mulas y burros que resultan sobrantes y de deshecho.

Comprendo los muebles de deshecho y las ropas de deshecho: pero burros de deshecho...

¡Horror, terror y furor!

Conque, lector, esto es hecho, ya de política harto, y estallando de despecho porque aquí no gana un cuarto, á las Islas Chinchas parto en un burro de deshecho.

Se ha hablado del futuro periódico del señor Nocedal, y se ha dicho que se llamará El Conservador.

Despues se ha rectificado, y se ha sustituido este nombre por el de La Constancia.

Se han entablado polémicas sobre lo que será y lo que no será. Se han escrito largos artículos en contra y en defensa del periódico.

Y todavía el periódico no existe.

Lo cual prueba que el futuro colega les hace mucho miedo á los que tanta parte han tomado en la polémica:

El periódico en question es la espada de Damocles, es el coco de los neos del día.

A fin de mes se verificará en San Petersburgo la ceremonia de los desposorios del rey de los Helenos.

Segun un periódico, se dará un gran banquete, durante el cual se harán oír los artistas de la ópera, y cada brindis será saludado con cien cañonazos, disparados desde las baterías de la fortaleza.

Y vean VV., un rey de quien apenas se habla, y que va á meter más ruido con su boda que ningun rey del mundo.

¡Cien cañonazos por cada brindis! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Hay para quedarse uno sordo!

Un astrólogo anuncia para la próxima lunacion, las más grandes lluvias que habremos presenciado el año presente.

Y las calles de Madrid siguen regándose á más y mejor. Conque lectores, aconsejo á VV.

Que para el próximo mes se compre todo el que viva, un paraguas para arriba y otro á más para los pies.

Recibimos continuamente quejas del atraso con que perciben sus haberes los profesores de instruccion primaria. En Madrid se les están adeudando cuatro mensualidades, y como se hallan privados del goce de retribuciones y otros emolumentos que la ley les concedía, están reducidos á una situación tristísima, careciendo de los medios indispensables para atender á su subsistencia y la de sus familias.

En el mismo caso se encuentran los propietarios de los locales, y cuantos suministran efectos para el material de las mismas escuelas.

vo los favores de Leopoldo no he buscado á mi alrededor quien pudiese reemplazarlo? Pero yo no puedo tomar por marido á un cualquiera. Yo, noble, rica, jóven y hermosa, necesito, para satisfacer mi amor propio, á un hombre que reúna dotes superiores á las mías.

Además, preciso es decirlo todo, aunque V. lo sabe muy bien, por mi desdicha. Mi estrella ya declina, otros astros se han levantado en el horizonte para oscurecer su brillo. ¡Esa aborrecida Elvira, esa orgullosa hija de los duques de Artela!... ¡Oh! ¡cuánto sufrí la otra tarde!... El pasaba á caballo por el Prado, y yo iba en coche. Me acompañaba la marquesa, mi más encarnizada enemiga.

El, como siempre, hacía caracolear su caballo al lado del coche en donde iba Elvira... ¡Es más hermosa que yo, Andrés? ¡Le parece á V. que es más hermosa? ¡Mi espejo dice que no, pero dice que sí el mundo! Los celos me devoraban: á pesar de mis esfuerzos por sonreir, yo tenia el rostro encendido, los ojos centelleantes, y la marquesa se complacía en hacerlo notar á sus amigas por medio de señas que me torturaban...

Entonces, Elvira tuvo la avilantez de dejar caer su ramillete, que él se apresuró á recoger y á ofrecerla, conservando, sin embargo, una flor, que colocó sobre su pecho... ¡Oh! ¡yo hubiera querido morir para librarme de aquel suplicio! pero imposible: si me hubiese retirado, hubieran adivinado mi tormento, se hubieran reido de mi derrota!... ¡Desde aquel día no le he vuelto á ver!... ¡Ha dejado mis cartas sin respuesta! ¡ha despedido sin respuesta á mis criados!

¡Le he buscado en balde! ¡Estoy humillada, local! ¡Si pudiese V. leer en mi corazón, tendria lastima de mí! ¡El sueño huye de mis párpados, las lágrimas se agolpan á mis ojos, y sufro porque no duermo, y sufro

Los periódicos neos, dan por seguro que el señor Nocedal llegará á ser Presidente del Consejo de ministros.

¡Oh, loca fantasía,

que palacios fabricas en el viento!

De aquí á entónces, el rey, el burro ó yo, nos moriremos.

\*

Es decir, que aquí no hay más Dios, ni más Santa María, que llegar á ser Presidente del Consejo de Ministros.

¡Qué desinterés! ¡Qué abnegacion! ¡Qué modestia! ¡Qué patriotismo!

\*

Y aun dice el señor Navarro Villoslada, que el señor Nocedal se nos va.

No se nos va, que se nos viene encima.

Y eso es lo que nos mortifica, señores neos.

\*

CHARADA.

1.ª

Mi prima y segunda, asusta contemplar tan postergado, aunque la prensa ha clamado en pró de su causa justa.

Tercia es nota musical, y diz que del Asia oriunda, amigo lector, segunda es planta medicinal.

La vi- ta tengo muy harta de ver en cualquier tahona limpia, sucia, vieja ó mona primera, segunda y cuarta.

Tercera y cuarta es la ofrenda que el Hacedor más estima, y pospuesta p á mi prima, en Portugal es prebenda.

Mi todo, amado lector, ó lectora, me parece que es nombre que pertenece hoy al sexo encantador.

2.ª

Los clérigos y escribanos á sus (por Adam) hermanos suelen mi prima expedir, y surca por mi segunda, que un bosque tal vez circunda, el velero bergantín.

Al ver mi todo me pasmo, pues parece un sarcasmo para un pueblo cual Madrid; apenas se ve ya en ella mas que una ligera huella de lo que ha sido años mil.

\*

Un jóven estudioso, dice un periódico, ha inventado una máquina de guerra, manejada por un solo hombre, por medio de la cual, remontándose en el espacio, puede desde él destruir los más numerosos ejércitos y convertir en ruinas las más poderosas ciudades.

El inventor se ha dirigido al Gobierno, y asegura ser cosa de éxito infalible.

¡Nada, á ello á ver si destruimos nosotros á toda la humanidad, pues en el día es lo más humanitario destruir y matar gente.

¡Un premio, cien coronas y títulos al inventor! ¡Que se construyan más plazas de toros!

Y si algun maestro de escuela inventa un nuevo método de enseñar á leer, que se le encierre en un hospital de locos.

¡Eso es progresar! ¡Eso es civilizaciön!

\*

porque lloro, porque el insomnio y el llanto marchitan la hermosura!... ¡Cuán desgraciada soy! ¡Avergonzándome delante de Leopoldo, avergonzándome delante de mi madre y de esa mujer, á quien aborrezco por su virtud fastuosa é insolente, cuyo brillo me es imposible oscurecer de ningun modo! ¡Margarita! Margarita, á quien yo despreciaba tanto, y que se ha elevado por encima de mí hasta perderla de vista. ¡Oh! ¡cómo me abruma con su generosidad, con su abnegación, con su dulzura! ¡No sabe V. cuánto sufrí aquel día, cuando se arrojó en mis brazos, bañada en llanto, pidiéndome las llaves del pabellon y del jardin, que yo la habia rogado que me confiase bajo especiosos pretextos! ¡Su humildad me ofendió, sus lágrimas me irritaron! ¡Sentí contra ella un movimiento de indecible saña, y la dije que las habia perdido para dejarla en descubierta! Obraba mal, lo sé: tenia un placer en abatirla á los ojos del mundo, en despojarla de sus ridículas virtudes, ya que no podía abatirla en mi conciencia. ¡Cree V. que se enojó por esto? Se contentó con abrazarme otra vez y suplicarme que cuidase de mi honra.

Su superioridad moral me inspira más envidia y más rencor que la pretendida superioridad física de Elvira.

Y Cristina hizo trizas el pañuelo que tenia en la mano.

¡Ah! Que si en la mansion de los justos pudiese tener cabida la venganza, Gustavo en aquel instante se hubiera dado por satisfecho de cuanto le habia hecho sufrir sobre la tierra.

—¿Y qué? dijo Andrés bruscamente interrumpiendo el silencio, ¿me hace V. cargos tambien á mí, porque Elvira es más bella y Margarita más buena?

(Se continuará.)

